

22 de diciembre de 2019

Der Bund

por

Marianne Mühlemann

Allá donde los demonios reposan en duermevela

Desde hace 35 años, Flamencos en route demuestra cuánto Zeitgeist se esconde tras su arte tradicional. La producción lanzada con ocasión del aniversario, «¡ay!» es tan hipnótica como una pintura danzada durante la noche.

Bellas sombras fantasmales: «¡ay!»

¡Estremecedora insensibilidad la de quien no se inmuta al escuchar este grito: «¡aaaayyy!»». Es escalofriante. Un alarido como un cuchillo cuyo filo se clava allá donde es mayor la vulnerabilidad – en la piel del alma. El tiempo parece detenerse durante un segundo en la Dampfzentrale. Se abre un abismo y nos parece divisar la cámara más oscura del alma, en el inconsciente habitado por todos los demonios sin nombre que allá reposan en un duermevela.

Federico García Lorca, poeta, músico y luchador por una España mejor, asesinado en 1936, conocía los múltiples significados de este «¡ay!», que conjuraba en su ardiente poesía. También la coreógrafa suiza Brigitta Luisa Merki ha realizado una profunda e intensiva reflexión del misterioso «¡Ay!». Más aún: ha dedicado su última producción a ese sonoro monosílabo. «¡ay! – viñetas de Lorca» es el título de este abanico de imágenes metafóricas que Merki pone en escena para el 35º aniversario de Flamencos en Route. Se trata asimismo de una arcaica evocación de su propia historia. Entre los fantásticos ritmos de guitarra y percusión se perciben al principio y al final iridiscentes sonidos de piano y órgano que recuerdan a Antonio Robledo, durante años compositor de la compañía, fallecido en 2014.

Y en la pasión de la danza y el rigor que repentinamente se convierten en la desenfadada alegría de las bulerías y los tangos sigue viviendo el espíritu de Susana (1916-2010). Es un hecho que sin esa bernesera que, en los años 40, junto al bailarín español José de Udaeta se hizo mundialmente famosa, la compañía Flamencos en Route no existiría. Susana pasó el testigo de la responsabilidad de su legado artístico a Merki, su alumna modelo, quien a su vez ha transformado dicho legado en algo excepcional. No hay casi ninguna otra compañía de baile suiza que haya logrado mantenerse en el candelero de forma continuada y a un alto nivel creativo durante más de tres decenios y medio, cosechando éxitos incluso en el extranjero.

Ahora se estrena «¡ay!». Un suspiro, un grito de placer y de dolor. Junto a seis músicos, cantantes femeninas y siete bailarines, así como los coreógrafos invitados David Coria y Eduardo Leal, Merki entreteje un sinnúmero de imágenes para formar una armoniosa obra de arte en conjunto. Gracias a la intuición artística de esta coreógrafa, que una vez más ha sabido combinar la tradición con el Zeitgeist, esta obra impresiona de forma más directa que la

poesía de Lorca.

Sencilla, concreta

Merki hace visible lo invisible y le da forma a lo inenarrable. Y componiendo emociones en cuerpos en movimiento, espacio y tiempo, a lo largo de la polifacética banda sonora compuesta de canto y música en directo, concreta los testimonios danzantes. Con sencillez, perfección técnica y gran intensidad. El hipnótico baile concertístico se desarrolla como un claroscuro nocturno, implosionando una y otra vez en virtuosos solos (Eloy Aguilar) y danzas en grupo. En el escenario, por lo demás vacío, esculturas que parecen cuerpos arrojan sombras fantasmagóricas que se asemejan a cipreses a la luz del atardecer, o abstraídas parejas que embebidas en su vértigo amoroso levantan sus brazos hacia el cielo.

La escultora suizo-británica Gillian White ha creado estos objetos desplazables, cuya capacidad de simbolismo encaja perfectamente en el espacio coreográfico. Colores como el negro, el beige-arena, el blanco y los tonos pastel dominan la reducida gama cromática. Se siente el calor del sur, se intuye la aridez del paisaje andaluz aquí sugerido. Los trajes confeccionados con suntuosas telas (obra de Carmen Pérez Mateos) hacen las veces de versátiles atrezzo. Cuando las mujeres tiran al suelo sus mantos como si fuera ropa sucia, el ritmo sincrónico se convierte en sonido cotidiano. Los tres gigantescos pañuelos negros con flecos, que, como las alas de un águila, trazan círculos girando frenéticamente en la penumbra (coreografía de Eduardo Leal), están tan impregnados de magia como las vibraciones de la voz de Karima Nayt, que se asemejan a los fuegos fatuos.

En su solo, de gran complejidad técnica, Carmen Iglesias asume y rompe la arcaica oscuridad: de pronto se divisa un destello de humor, cuando su gigantesca cola «devora» a la cantante, de la que solo se ven sus pies desnudos.(coreografía de David Coria)

Una velada llena de belleza, precisión y sorpresas.

Otras representaciones en la Dampfzentrale: domingo, 22 de diciembre, y del 27 al 29 de diciembre

22 de diciembre de 2019
por **Marianne Mühlemann**